



NOTA EDITORIAL

Querido Lector,

Dado que está en presencia del Suplemento del número 45, reproducimos para marcar nuestro diálogo las palabras con la cual inauguramos, en dicho número, una postura y el despliegue temático. En cuanto al Suplemento mismo, su unidad argumentativa que pone en cuestión en una modalidad analítica los criterios epistémicos del lenguaje y de sus virtualidades, a la par con un discernir filosófico sobre las matemáticas, pone estructuralmente en correspondencia los artículos entre sí, configurando una suerte de entidad que, esperemos, habla de por sí.

He aquí, por lo tanto, nuestros saludos: iniciemos nuestro reencuentro al saludar la memoria de uno de los profesores que estuvieron en el origen de nuestro Departamento de Filosofía, Daniel Herrera, recientemente fallecido. Reproducimos uno de sus escritos, una lectura husserliana del cogito cartesiano, publicado en *Historia de la filosofía*, bajo el auspicio de la *Fundación para la promoción de la filosofía en Colombia* (Cali, 1982, pp. 287 – 295). La vocación de esta empresa que también responde al espíritu de *Praxis Filosófica* era la de promover la publicación de trabajos filosóficos en Colombia y alimentar, por ende, un espíritu crítico, en la divulgación riguroso de problemas y autores de primer plano; en palabras de los autores: “Este objetivo está respaldado por la convicción de que la filosofía es –como escribió Bertrand Russel– ‘una parte de la vida social y política’; no, por lo tanto, un refinamiento ocioso para los pueblos que

ya han recorrido las ‘vías del desarrollo’. Antes los discursos que quieren asegurarle a la filosofía los honores del ostracismo, acude el recuerdo de lo que ya advirtió Aristóteles: el malhumor epigramático sobre la inanidad de la filosofía destila de algún filosofar espurio. Bien vale la pena, entonces, la empresa de abrirle campo a la actividad filosófica, para que muchos puedan conocerla y participar en ella”.

Ese pasado que resuena todavía hoy en un momento histórico del país que mira hacia un porvenir apacible requiere con urgencia pensar y desarrollar una educación de alta calidad que responda a un ideal de promover los talentos de quienes que estarían en posibilidad de acceder a la Universidad sin que esa medición sea nutrida por lo meramente cuantitativo ni tampoco por un escala diferenciadora de lo social y de lo económico.

La urgencia de provocar y de vitalizar esa historia se da, en nuestro momento editorial, con la provocación de las problemáticas asociadas a esta alteridad inquietante de la subjetividad moderna; es así como la prevalencia de ensayar el escepticismo en la figuración de un Montaigne es propuesta en el ítem de la reseña crítica. La cuestión de la autonomía es también reavivada gracias a la noción protestante y católico de pecado donde está encubierta la noción moderna de voluntad (libre); la presencia de ese enfoque permite, de paso y en un modo más prosaico, celebrar una comunidad y una afinidad editorial entre *Praxis Filosófica e Ideas y Valores*. Pero la modernidad piensa así mismo un uso y unas condiciones de la razón, de esta razón humana que tiene como vertiente la sensibilidad estética (y, por ende, política): la representación del ideal de belleza que hace y dice al hombre es expresada en un lineamiento kantiano; la facultad de juicio que es inherente al uso de la lengua y a una disposición en pensar y apropiarse un mundo común sin negar la audacia de cultivar su propio entendimiento arroja ahora, desde unas perspectivas antropológicas contemporáneas, unos interrogantes sobre los alcances, límites y supuestos de un proceso a infundir (la resiliencia para no nombrarla) cuyo soporte son los vínculos afectivos. La historia de esos afectos es rica en su denominación y es reveladora de la expresividad plural de lo que los hombres eligen como posibilidad de acción bajo la visión que entreteje con *su* mundo; los estoicos que no dejan de ser una referencia hoy en día, por lo menos en lo que atañe a la libertad de circunscribir tal o cual acontecimiento bajo los auspicios de una indiferencia moral, habían integrados ya la cuestión de la familiaridad y de la simpatía que el hombre tiene consigo mismo, con el otro y con el mundo en una suerte de responsabilidad que conlleva a no rehuir de los deberes y de un impulso a actuar en la esfera íntima, social o universal.

Foucault, en los últimos años de su vida, provocó los usos de las técnicas de sí de los antiguos en una inversión del imperativo en conocerse a sí mismo en pro de la primacía del advenimiento de la figuración subjetiva, precisamente, del cuidado de sí que integraba metodológicamente el cuestionamiento del sujeto en esa voluntad de verdad, bajo todas una serie de prácticas a lo largo de *estructuras* socio-históricas. La alteridad amistosa de un Deleuze y de un Guattari revelaba, por otra parte, la necesidad de sobrepasar el margen psicoanalítico para propiciar desde un pensamiento del acontecimiento el hecho de la creatividad, más precisamente en el cara a cara de la filosofía con la literatura y, más ampliamente, con el lenguaje; marcar sus especificidades al mismo tiempo que se anota una zona común indiscernible es reavivar esa atipicidad que, desde los griegos, se da como un deseo de lo que uno no posee.

La confrontación entre autores y obras no es el único *método* que aviva y renueva las problemáticas filosóficas; los instrumentos avanzados de computación permiten, desde la observación crítica, discernir en las ondulaciones de una obra y de un pensamiento; una ilustración de lo anterior nos es ofrecida en relación con una gran parte del corpus de Peirce en pro de una renovada investigación en torno al lenguaje. Ahí el hombre, gracias a un espíritu crítico, demuestra que la materialidad de las cosas está todavía a su servicio. Pero quien dice materialidad, dice sociabilidad y quien dice sociabilidad se aventura a las posibilidades e impases de la política: ¿cuáles son las condiciones de un consenso en la era de la *transculturalidad*? Los postulados de Taylor están ahí puestos a prueba; el llamado a esa concordancia entre los hombres debe confrontarse con los procesos de represión que configuran el espectáculo de las sociedades contemporáneas; Marcuse sirve para ello de referente en el análisis. ¿No habría entre resistencia individual y soberbia, entre soberanía y vulnerabilidad, una presencia de los valores éticos y la reapropiación de lo político? Encarar el pensamiento de Agamben con el de Schmitt conlleva a no evacuar esos tópicos políticos cruciales y propios aun de nuestra actualidad. Finalmente, los procesos de producción y las relaciones de subordinación deben así mismo tener presentes lo posible de una estetización de la política; la valoración del *demos* en esa apertura se asienta desde la propuesta de Rebenitsch.

Nos adivinamos y nos nutrimos de su compromiso que alimenta nuestro deseo de mantener una calidad editorial y una excelencia académica. La lectura es una promesa y una exigencia y Le agradecemos, una vez más, su afecto y su reconocimiento.

François Gagrin